

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

HISTORIA MILITAR, CIVIL Y SAGRADA DEL REINO DE CHILE DEL MISIONERO JESUITA MIGUEL DE OLIVARES. EL MAPUCHE SEGÚN UN CRIOLLO CHILENO DE MEDIADOS DEL SIGLO XVIII.

HISTORIA MILITAR, CIVIL Y SAGRADA DEL REINO DE CHILE OF THE JESUIT MISSIONARY MIGUEL DE OLIVARES. THE MAPUCHE ACCORDING TO A CHILEAN CREOLE OF THE MID-EIGHTEENTH CENTURY.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Universidad Arturo Prat (Iquique, Chile)

Resumen: *Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile* del jesuita chileno Miguel de Olivares, redactada solo algunos años antes de la expulsión de la orden de los territorios americanos y publicada casi un siglo después, contiene muchas descripciones negativas de las comunidades mapuche, entre las que misionó por largo tiempo, como también propuestas de evangelización diferentes a los proyectos oficiales de su orden. Esta “independencia de juicio” del jesuita puede ser considerada como un ejemplo de la opinión que tenían del mapuche muchos criollos chilenos a mediados del siglo XVIII.

Palabras clave: Jesuita criollo, Mapuche, Chile a mediados del siglo XVIII

Abstract: *Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile* of the Chilean Jesuit Miguel de Olivares, written only a few years before the expulsion of the order from the American territories and published almost a century later, contains many negative descriptions of the communities Mapuche, among those who have been missionaries for a long time, as well as evangelization proposals different from the official projects of their order. This "independence of judgment" of the Jesuit can be considered an example of the opinion that the Mapuche had many Chilean Criollos in the mid-eighteenth century.

Keywords: Jesuit Creole, Mapuche, Chile in the mid-eighteenth century.

Fecha de recepción: 05/09/2018

Fecha de aceptación: 26/11/2019

Estableciendo algunos datos biográficos

A modo de introducción en este trabajo es conveniente comenzar estableciendo una breve biografía del jesuita Miguel de Olivares, pues, como sucede con la mayoría de los jesuitas chilenos expulsados en 1767, las noticias de su vida son escasas, pero además en el caso de Olivares parte de los pocos datos que existen, incluso los entregados por connotados historiadores, como José Toribio Medina y Diego Barros Arana, son contradictorios y algunos hasta sorprendentes. Por ejemplo, se ha señalado más de una fecha de nacimiento, por lo menos dos apellidos maternos, que por los mismos años que estudiaba en Madrid, también lo hacía en Lima, etc. De esos datos se ha deducido que su trabajo misional se prolongó por casi siete décadas y que su vida se extendió hasta los 113 años. Estas extraordinarias conclusiones se deben a que los datos de la vida de este jesuita chileno se han obtenido de su *Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile*, pero también, y principalmente, de *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)*, escrita seguramente por Juan Bernardo Bel,¹ un jesuita español que misionó en la Araucanía en las primeras décadas del siglo XVIII.²

El encargado de aclarar estas dudas sería el propio Olivares. Es así como en una breve reseña de su vida que firma al llegar al puerto español de Santa María, camino a su exilio en Italia, señala:

El P. Miguel de Olivares, natural de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa [Chillán], Reino de Chile, hijo de Juan José Olivares y de doña Josefa Goicoechea, nobles, nació el año de 1713. Entró en la Compañía en el de 1733 en la provincia de

¹ Aniceto Almeyda a partir de varios datos obtenidos de diferentes archivos, así como de lecturas más atentas de las supuestas obras de Olivares, logra descartar que *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)* –publicada en 1874 en Colección de Historiadores de Chile– sea una obra redactada por el jesuita chileno y propone como autor al español Juan Bernardo Bel. Aniceto Almeyda, “El padre Olivares”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 90 (Santiago, enero-junio de 1937), pp. 156-188.

² Eduardo Tampe, *Catálogo de Jesuitas de Chile 1593-1767. Catálogo de Regulares de la Compañía en el antiguo Reino de Chile y en el destierro*. Santiago de Chile: Eds., Universidad Alberto Hurtado, 2008, pp. 58-59.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

Chile; tuvo noviciado en el San Borja; estudió filosofía y teología en el siglo, que concluyó en la Compañía. Tuvo su tercera probación en el Colegio de Bucalemu; enseñó letras humanas en el de Bucalemu, misionero entre los indios de dicha Provincia, rector en el Colegio de San Bartolomé de Gamboa, visitador de algunos colegios de la misma provincia, en la que era Cronista de la historia general del Reino de Chile, misionero en la misión de la Mocha de indios pacíficos, en cuyo lugar se hallaba de superior en la actualidad. Sacerdote profeso de cuarto voto como así lo manifiesta y firma de su nombre en el Puerto de Santa María en 26 de mayo de 1769, Miguel Xavier Olivares.³

Si este documento, ubicado por Walter Hanisch en el Archivo de la Compañía de Jesús en Roma y publicado en 1972 en su libro *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile (1767-1815)*, hubiese sido más difundido o tomado en cuenta –como también el artículo de Almeyda–, se habrían podido confirmar algunos datos fundamentales de la biografía de Olivares y descartar otros que claramente no le corresponden, lo que hubiera evitado algunos errores editoriales que se arrastran hasta hoy,⁴ como también allanar el camino para un mejor estudio de este escritor jesuita chileno, que expresa un pensamiento singular dentro de la Compañía de Jesús en Chile respecto a los mapuche, como veremos más adelante, asunto de primera importancia por aquel tiempo para la Iglesia y la administración colonial en Chile.

La reseña firmada por Olivares nos lleva a descartar algunos datos que se han entregado del jesuita chileno y que pueden corresponder a Bel, como haber misionado entre los picunches en 1699, y un año después en Quillota y Valparaíso;⁵ también que en 1712 misionó en Chiloé y más tarde en Boroa y Toltén Bajo, en el sur de la Araucanía.⁶

³ Walter Hanisch, *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile (1767-1815)*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1972, p. 224.

⁴ Nos estamos refiriendo principalmente a *Los jesuitas en la Patagonia: las misiones en la Araucanía y el Nahuelhuapi (1593-1736)*, que es una selección de la “Historia de la Compañía”, publicada en Argentina por Ediciones Continente en 2005 y reeditada en 2011, que continúa considerando a Olivares como autor de la obra.

⁵ Francisco Enrich, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. 2 vol., Barcelona: Imprenta de Francisco Rosal, 1891, vol., II, p. 451.

⁶ José Toribio Medina, *Diccionario biográfico colonial*. Santiago: Imprenta Elzeviriana, 1906, p. 602.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

Asimismo, podemos suscribir otras informaciones, como que el padre Superior Ignacio García, conociendo “la aptitud que tenía para los trabajos históricos, le recomendó [que] escribiera la Historia de Chile”, trabajo que no pudo comenzar en ese tiempo por haber sido enviado en 1744 a las misiones de la Araucanía,⁷ pero que al finalizar esta labor, en 1758, “los superiores le encargaron, para descanso de sus fatigas en el sagrado ministerio, se dedicase á este trabajo; que él emprendió con mucho gusto y gran satisfacción”.⁸

En los primeros meses de 1762 presenta su libro –o la primera parte– para su revisión. El 23 de abril de ese año, en Chillán, el franciscano español Pedro Ángel Espiñeira, flamante obispo de Concepción, es el encargado de realizar la aprobación. En su informe, que entendemos como una revisión externa, agregado en la edición de 1864, el franciscano elogia en varios aspectos la obra del jesuita, señalando, por ejemplo, que “reflexiona, ilustra, ensalza, discierne y enseña religiosamente con crítica grande y juiciosa, dice mucho y bien (...)”.⁹

Con posterioridad a esta aprobación, Olivares continuó trabajando en lo que suponemos era la segunda parte de su obra. También, entre 1761 y 1765, dirigió el Colegio de Vecinos de Chillán.¹⁰ Para 1766 el jesuita estaba a cargo de la misión La Mochita,¹¹ labor que seguía ejerciendo cuando ocurrió la expulsión de la Orden. Podemos inferir que en ese tiempo seguía trabajando en su libro, pues, el 26 de agosto de 1767, cuando el sargento mayor Francisco de Rivera se presentó en la misión para informar y realizar las diligencias que mandaba el Dictamen Real de expulsión, en el aposento del jesuita se encontraron muchos de los libros que están citados en la obra publicada en 1864.¹²

⁷ Francisco Enrich, *op. cit.*, p. 453.

⁸ José Toribio Medina, *op. cit.*, p. 602.

⁹ Miguel de Olivares, *Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional (Tomo IV), 1864, pp. 3-5.

¹⁰ Reinaldo Muñoz Olave, *Chillán: sus fundaciones y destrucciones: 1580-1835*. Santiago: Impr., San José, 1921, p. 319.

¹¹ San José de la Mocha o La Mochita fue la misión de indígenas de la Isla Mocha que fundaron los jesuitas en las cercanías de Penco, luego que el gobernador José de Garró ordenara despoblar esta isla en 1684. Esta decisión fue tomada debido al peligro que representaría la posible ayuda que los indígenas de la isla podían prestar a los piratas holandeses e ingleses que merodeaban las costas de Chile.

¹² Aniceto Almeyda, *op. cit.*, p. 180.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

Posteriormente a esto, si bien Olivares no era para el tiempo de la expulsión una persona de avanzada edad, como se ha sostenido, pues no superaba los 55 años, quedó recluido en el convento San Juan de Dios de Concepción, debido a una hernia que le diagnosticó el médico Dionisio Rocuán. Desde allí, el jesuita le escribió al gobernador Antonio de Guill y Gonzaga dándole a conocer su delicado estado de salud, que le llevó a permanecer en cama largas jornadas, por lo que le solicitaba algunos permisos, como poder realizar caminatas:

Muy Ilustre Señor Presidente:

La ejecución que se hizo en nosotros, los jesuitas, por orden real, me cogió no levemente enfermo de males habituales, que después acá me han tenido clavado en una cama más de cuarenta días y se me han ido agravando de día en día; porque, aunque se me han aplicado varios remedios, no he podido usar, a causa de nuestro arresto, del que siempre he experimentado más eficaz, que es hacer algún ejercicio. Su falta temo con razón que me acarree la muerte o me reduzca a estado de incurable. Confío de la piedad de V. S. que se servirá de usarla conmigo (pues la facilita el hallarme casi fuera de la ciudad, en este convento-hospital de San Juan de Dios), dando orden al maestro de campo general, para que me permita hacer algunas caminatas con un compañero de mi religión, por la decencia, y, si se juzgare conveniente, con algún soldado para custodia. Dios guarde a V.S. en perfecta salud muchos años. Concepción de la Madre Santísima de la Luz y noviembre 27 de 1767.

Muy Ilustre Señor:

*Besa la mano de V.S. el más humilde capellán de V.S. Miguel de Olivares.*¹³

En mayo de 1768 fue trasladado a Santiago con ocho de sus colegas que permanecían en ese hospital, quedando en calidad de enfermo en el Colegio Máximo.¹⁴ Dos meses después, el 16 de junio, fue enviado a Perú en el navío *El Socorro*, junto con otros jesuitas enfermos y ancianos. De Perú, donde se le requisó –por orden del Virrey Manuel

¹³ *Ibidem*, p. 182.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 182-83.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

de Amat— parte del segundo volumen de su obra, partió a Panamá en el navío Santiago y de allí a España, en el navío La Venganza. El 20 de mayo de 1769 se encontraba en el Puerto de Santa María, lugar donde firmó la reseña biográfica que citamos, y donde debió esperar más de un año. El 3 de septiembre de 1770 partió para Italia en el navío Vicente. Se estableció primero en Massa e Carrara, ciudad de la Provincia de Toscana, en el noroeste de Italia,¹⁵ pero desde 1771 permaneció en Imola, ciudad de los Estados Pontificios donde se dispuso a ubicar a gran parte de los jesuitas exiliados chilenos.

Como para casi todos los periodos de la vida de Olivares, no existen muchos datos de las actividades que pudo haber realizado en Imola, únicamente sabemos que en esos casi veinte años que permaneció allí, y motivado por los elogios de sus colegas más jóvenes,¹⁶ hizo algunas diligencias para recuperar los papeles que se le habían arrebatado en Perú, que eran, según el propio jesuita, unos fragmentos de la segunda parte de su obra. Muestra de aquello son las cartas que desde 1788 comienza a enviar al Secretario de Estado Antonio Porlier, e indirectamente también a Carlos III, donde se muestra angustiado por la pérdida de ese material y pide a Porlier que interceda para poder recuperar esos documentos, entregando además algunas pistas de los posibles paraderos de aquellos manuscritos y una copia de la parte de la obra que se conoce y que se ha publicado.¹⁷

Este pedido es bien recibido por el Rey, pues mandó a que se indagara el destino que tuvieron estos papeles, investigación que finalmente recayó en Ambrosio O'Higgins, por aquellos años gobernador de Chile. O'Higgins, en carta fechada el 15 de mayo de 1790, señala al Ministro Porlier que se ha encontrado la segunda parte de la Historia de Olivares,

¹⁵ Walter Hanisch, *op. cit.*, p. 225.

¹⁶ Diego Barros Arana, *Historia general de Chile* [1884-1902], 16 vol. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2000, vol., VII, p. 374. Por ejemplo, Juan Ignacio Molina en su *Compendio de la historia civil de Reyno de Chile* de 1787, se queja de no poder contar con el segundo volumen “tan deseado” de la historia de Olivares. Molina, Juan Ignacio, *Compendio de la historia civil de Reyno de Chile*. Santiago: Pehuén Editores Ltda., 2000, p. 5. Felipe Gómez de Vidaurre, otro escritor jesuita expulso chileno, también se lamentaba de que la obra esté incompleta. Para Vidaurre el manuscrito de Olivares fue el documento que más le sirvió para conformar su obra en los pasajes históricos de Chile. Marcos A. Figueroa Zúñiga, “Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile (1782) del jesuita expulso Felipe Gómez de Vidaurre: una obra injustamente desvalorizada por la historiografía chilena”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol., 74, N° 1 (Sevilla, 2017), p. 163.

¹⁷ Miguel Luis Amunátegui, *Los precursores de la Independencia de Chile*, 3 vol. Santiago: Imprenta Litografía i Encuadernación Barcelona, 1909, vol., I, p. 275.

Marcos A. Figueroa Zúñiga

Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

después realizar indagaciones en Lima, Santiago y Concepción, siguiendo las pistas del propio jesuita y que la demora en proceder a enviarla se debe a su intención de adjuntar a esos papeles la “Historia militar” de José Pérez García, que será, según opinión de O’Higgins, de gran ayuda para que el propio Olivares pueda acabar su libro.¹⁸ No sabemos si esos documentos salen de Chile, o si llegan a España y menos aún si Olivares los alcanzó a recibir.

La fecha y el lugar de fallecimiento de Olivares tampoco están exentos de dificultades a la hora de precisar. Lo que sí se puede descartar absolutamente es que el jesuita falleció en Imola el 14 de diciembre de 1786 a la edad de 113 años,¹⁹ señalado por Enrich, así como también lo que apunta Medina tan detalladamente, que habría muerto el mismo año y en la misma ciudad que indica Enrich, pero el 14 de enero, “de 113 años cuatro meses menos doce días de edad”.²⁰ Almeyda indica un dato más probable, como es que Olivares haya fallecido en “Mardano [sic], Italia, el 30 de abril de 1793”,²¹ mientras que Hanisch señala que murió en la misma fecha, pero en Imola, aclarando que el error de establecer como lugar de fallecimiento a Mordano, que limita con Imola, se pudo presentar porque en la lista se lo confundió con el Padre Manuel Valentín, que murió ese mismo año y en esa ciudad.²² Un documento oficial que se enviaba a la Administración General de las Temporalidades del Reyno de Chile, titulado “Razón de los ex jesuitas del Reyno de Chile que han fallecido desde 1º de Enero del año 1788, hasta fin de Dic. De 1796”, que se guarda en el Catálogo de la Compañía de Jesús de Chile del Archivo Nacional de Chile, indica que Olivares falleció el 30 de noviembre de 1793,²³ pero no se aclara el lugar del deceso.

Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile, un libro moralizante

Historia militar, civil y sagrada de lo que ha acaecido en la conquista y pacificación del Reino de Chile, desde la primera entrada de los españoles, hasta la mitad

¹⁸ *Ibidem*, pp. 277-278.

¹⁹ Francisco Enrich, *op. cit.*, p. 454.

²⁰ José Toribio Medina, *op. cit.*, p. 602.

²¹ Aniceto Almeyda, *op. cit.*, p. 188.

²² Walter Hanisch, *op. cit.*, p. 226.

²³ Archivo Nacional de Chile, *Jesuitas*, vol., 69, f., 84.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

del siglo décimo octavo de nuestra Redención, publicada en 1864 en la Colección de Historiadores de Chile, con un prólogo de Miguel Luis Amunátegui, puede ser considerada la única obra claramente atribuible a Miguel de Olivares.²⁴ Comenzó a redactarla, o a dedicarle más tiempo de trabajo, en 1758, según se puede leer en la misma obra²⁵, y tiene el propósito de “(...) vindicar del olvido y del silencio los principios y progresos de la conquista espiritual y temporal del reino de Chile, y los personajes que han representado papeles principales en lo militar, civil y eclesiástico”.²⁶ Abarcaría, como señala el título, “desde la primera entrada de los españoles, hasta la mitad del siglo décimo octavo de nuestra Redención”.²⁷

La parte que se publicó en 1864 fue redactada antes de la expulsión y está organizada de manera similar a otra historia dedicada a Chile, como es *Historia general del reino de Chile: Flandes indiano* (1674) del jesuita español Diego de Rosales, es decir, parte con una descripción geográfica del territorio y de los indígenas que viven allí, continuando con el relato de la entrada de los españoles a mediados del siglo XVI, para seguir con la narración de los hechos significativos que siguen. La división también concuerda con los “Libros” de Rosales (en la historia del español son diez y en la de Olivares conocemos sólo hasta el “Libro sexto”) que anuncian lo que van a tratar y éstos a su vez en capítulos, que van avanzando cronológicamente en el tiempo. Coincide también con la obra de Rosales, y se diferencia de *Histórica relación del Reino de Chile* (1646) de su colega chileno Alonso de Ovalle, o de una mucho más influyente para todos los escritores jesuitas de América, como *Historia natural y moral de las Indias* (1590) de José de Acosta, en no distinguir una parte para la historia eclesiástica, sino que ésta va intercalada con las otras noticias relevantes.

²⁴ Además de la “Historia de la Compañía”, hay que descartar también la supuesta continuación de *Historia militar, civil y sagrada*, publicada en 1901, junto al *Compendio de la Historia de Chile* de Juan Ignacio Molina, con el significativo título de “Historia de Chile”. Esta, más bien, son unos fragmentos que José Toribio Medina encontró en Lima en 1875 y que, por coincidencias de “estilo y espíritu que anima esas páginas” con la obra publicada en 1864, consideró que eran los papeles que había hallado O’Higgins en 1790. *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Tomo XXVI). Santiago de Chile: Imprenta Elzeviriana, 1901, p. IX.

²⁵ Miguel de Olivares, *op. cit.*, pp. 8, 20.

²⁶ *Ibidem*, p. 6.

²⁷ *Ibidem*, p. 13.

Marcos A. Figueroa Zúñiga

Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

Una de las primeras cuestiones que llama la atención en el libro de Olivares es su preocupación por la forma y el estilo que empleará y su casi obsesión por aclarar que no se dejará llevar por las modas. Dice en el prólogo “Al lector”:

El estilo no quisiera decir cual he de seguir; pues tal cual sea, se ha de ver; pero puedo protestarle, juicioso lector, que esto tan mal con los afeites esquisitos, que los detesto hasta en la elocución, y no se puede negar que estos adornos pueriles del lenguaje, quitan en gran parte su autoridad a las cosas y disminuyen la fe en los lectores, que suponen que el escritor quitó de diligencia en inquirir los acaecimientos, cuando añadió en el modo de decirlos; y así mas querré que mi estilo parezca deslucido, que no afectado: bien querría que fuese el propio y característico de la historia; esto es, exacto sin prolijidad, corriente sin bajeza, majestuoso sin fausto, sublime sin altanería, valiente sin dureza, grave sin sequedad, copioso sin redundancia, lleno sin hinchazón, claro por la propiedad, enérgico por la significación, adornado por las sentencias, doctrinal por las reflexiones.²⁸

Eduardo Solar Correa, probablemente el único investigador que ha dedicado un ensayo a estudiar algunas características peculiares de la *Historia militar, civil y sagrada...*, indica que en este prólogo el jesuita presenta “todo un pequeño tratado de estilística”. Además, señala que su acentuada preocupación en lo literario no ha sido tomada en cuenta por los historiadores y críticos literarios, pero que es un hecho de importancia para la literatura nacional, pues Olivares puede ser considerado el primero y el único escritor colonial del siglo XVIII “a quien desvela el buen decir”.²⁹

Solar también aclara que, si bien se pueden observar preocupaciones nuevas para las letras nacionales en el libro de Olivares, también “sus páginas constituyen el último reducto de rancios gustos y maneras”. Continúa, por ejemplo, con la costumbre de los textos del periodo colonial americano de atiborrar toda su obra con sentencias de Aristóteles, de

²⁸ *Ibidem*, p. 7.

²⁹ Eduardo Solar Correa, *Semblanzas literarias de la colonia* [1933]. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1969, p. 160.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

Séneca, de Cicerón, de Plinio, etc. Esta tendencia literaria que germina con Alonso de Ercilla y se presenta incesantemente hasta mediados del siglo XVIII (con la única excepción de Alonso de Ovalle), finaliza con la historia de Olivares, o por lo menos es este jesuita el último escritor reconocido de las letras chilenas que la mantiene, pues los que vienen, como Vicente Carvallo y Goyeneche, Felipe Gómez de Vidaurre y Juan Ignacio Molina, ya han olvidado a los héroes de la Antigüedad.³⁰

Sin embargo, esta predilección por las fuentes grecolatinas para Solar no representa un inconveniente a la hora de analizar críticamente un texto colonial, como la historia de Olivares. Por lo demás, el libro del jesuita revela en algunos pasajes, que vienen a ser los más interesantes para el crítico literario, a un “psicólogo penetrante y un acerbo –pero acertado– crítico de costumbres”. Una de las observaciones que Solar rescata, por considerarla de sorprendente actualidad (para la década del treinta del siglo XX), es la tendencia a lo improvisado de los criollos chilenos del siglo XVIII (problema que es de toda América hispana, según Solar) y el espíritu utilitario de la educación, manifestado en una ciega y mezquina persecución de títulos universitarios.³¹

En este mismo sentido, podemos señalar que la *Historia militar, civil y sagrada...* se presenta en algunos momentos como un texto altamente moralizante, saturado de lecciones de cómo vivir mejor, aconsejando al lector por el respeto de las leyes establecidas y de la religión católica, reprobando vicios de la época, invocando a los españoles a terminar con los hurtos de animales de las haciendas, etc. Podemos ejemplificar lo anterior con un pasaje donde se refiere al ocio de los “españoles de Chile”,³² que se manifiesta, según el jesuita,

³⁰ *Ibidem*, pp. 165-166.

³¹ *Ibidem*, pp. 173-177.

³² Para Olivares los “españoles de Chile” eran también los criollos, denominación poco frecuente en los textos de los jesuitas para referirse a los hijos de españoles nacidos en América. Según José Jouanen la palabra “criollo”, de uso frecuente a comienzos del siglo XVII, hasta en los propios jesuitas, era “causa de varias faltas de caridad”, por lo que el General de los jesuitas Mucio Vitelleschi, en carta de 19 de junio de 1619, y a propósito de la falta de operarios y la controversia de aceptar criollos en la Compañía, le exigió al Provincial del Perú, Diego Álvarez de Paz, la prohibición de usar esta denominación para referirse a los españoles nacidos en América, determinación, dice Jouanen, que ahorró muchos disgustos. José Jouanen, *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua provincia de Quito, 1570-1774*, 2 vol. Ecuador: Editorial Ecuatoriana, 1941-1943, vol., I, p. 18.

Marcos A. Figueroa Zúñiga

Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

principalmente en las ciudades pequeñas o poblados y en particular en la “jente de baja esfera”:

*Esta gente acostumbrada al libertinaje que no conoce ni es conocida de los jueces de los partidos, oculta en su misma pequeñez, es lamentable el ocio y más los vicios que nacen de él. De esta jente no será exageración afirmar que la mayor parte se mantiene del hurto y que habrá en todo el reino más de doce mil que no tienen otro oficio ni ejercicio, con imponderable perjuicio de los que tienen haciendas en el campo (...) Las buenas leyes sabidas hacen doctos, pero solamente obradas hacen buenos. Las más severas no atemorizan a los malhechores, sino cuando se ven establecidas por el uso (...) Estos ladrones que infestan los campos parecieran muy bien poblando las cárceles y ocupando las horcas; pero una piedad recia y mal consultada, o una remisión perezosa o una demasiada atención al interés privado, deja vivir a los malhechores públicos y correr impunes los delitos para que perezca la comunidad (...).*³³

Olivares antes insinúa que el ocio de esta gente –inferimos que se refiere a los mestizos, aunque no lo aclara– provendría de los “indios de América”, en los que, según un “autor avisado” –que Olivares no menciona–, se aposentó la pereza.³⁴

No escapan de sus críticas las autoridades de la Capitanía General de Chile, como algunos gobernadores y capitanes de importancia; estas tienen que ver con la falta de prudencia al momento de tomar decisiones en las batallas, donde la excesiva confianza en sí mismos, casi siempre por inexperiencia, como también por nepotismo e indisciplina, dice Olivares, ha llevado a grandes derrotas al ejército español en la guerra contra los mapuche. Sin embargo, este juicio a las autoridades no siempre es imparcial, por ejemplo, no se refiere a otras malas decisiones, por no decir barbaridades, cometidas por algunos jefes militares españoles, como la sentencia de Caupolicán a morir empalado en 1558, época en que García Hurtado de Mendoza se desempeñaba como gobernador. Este empalamiento es descrito, con algunos matices, por la mayoría de los escritores de ese periodo, como Alonso

³³ Miguel de Olivares, *op. cit.*, p. 80-82.

³⁴ *Ibidem*, p. 80.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

de Ercilla, Jerónimo de Vivar o Góngora Marmolejo, y también por algunos posteriores, como los jesuitas Diego de Rosales³⁵ y Alonso de Ovalle. Olivares al señalar que el *toqui* mapuche fue sentenciado por el general Alonso de Reynoso a que “muriese asaeteado”,³⁶ sin mencionar el empalamiento, se ubica en la misma posición de Pedro Mariño de Lobera, autor de la *Crónica del Reino de Chile*, con la salvedad que esta crónica García Hurtado prácticamente la mandó a rehacer para mejorar su imagen.

En este mismo orden, podemos percibir una sostenida defensa del gobernador Pedro de Valdivia. Por ejemplo, en los capítulos que emplea para referirse a la campaña que emprendió a comienzos de 1550 hacia el sur del territorio chileno, expedición en la que sostendría una importante batalla con los mapuche, denominada la Batalla de Andalién, el jesuita aprovecha la oportunidad para criticar a algunos autores que supuestamente han infamado a Valdivia, como a otros personajes españoles. Distingue, entre otros, a Alonso de Ercilla:

*Los que arruinan la fama de los que deben tenerla buena, es bien claro que son mas tiranos con la pluma que lo que se pretende fueron aquellos con la espada. Y me recelo que la pluma de Ercilla es de la de esta calidad, pues en dos octavas de su primer canto pinta con feos colores la conducta de Valdivia y de sus primeros españoles; y como hai otros que no siendo poetas digan lo contrario, yo me inclino a darles ascenso, pues según razón y derecho, en caso de duda se prefiere aquella presunción que es exclusiva del delito, especialmente conociéndose bien claro que este autor entre las licencias poéticas se tomó la de decir mal.*³⁷

La antipatía que el jesuita siente por el poeta español nunca la disimulará, incluso llega a desacreditar en algunas oportunidades a un colega como Alonso de Ovalle, a quien

³⁵ Diego de Rosales entrega una versión un tanto diferente de este hecho, señalando que, si bien Caupolicán fue notificado que moriría empalado y asaeteado, después de aceptar la fe cristiana, su sentencia fue cambiada por “garrote”. Diego de Rosales, *Historia general del reino de Chile: Flandes indiano*, 2 vol., segunda edición íntegramente revisada por Mario Góngora. Santiago: Andrés Bello, 1989, vol., I, p. 503.

³⁶ Miguel de Olivares, *op. cit.*, p. 198.

³⁷ *Ibidem*, pp. 123-124.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

reprocha por seguir y no refutar las “maliciosas conjeturas” de Ercilla contra Pedro de Valdivia.³⁸

Historia militar, civil y sagrada... si bien tuvo algunos elogios de sus colegas más jóvenes en Italia, no fue bien recibida por los críticos en la época en que fue publicada. Por ejemplo, Francisco Enrich en su importante trabajo de los jesuitas en Chile, no le da muchos méritos y considera que contiene muchos errores, además de alejarse demasiado de ciertas políticas jesuitas, como el proyecto de la Guerra Defensiva (que revisaremos más adelante); culpa de todo esto a la “avanzada” edad del escritor.³⁹ Diego Barros Arana, en su habitual costumbre de menospreciar a la mayoría de los escritos coloniales realizados por religiosos, principalmente jesuitas, dice que la historia de Olivares es una relación que no ofrece nada nuevo, que adolece de los errores y vacíos de los cronistas anteriores, reagravados por negligencia y hasta por “mala inteligencia de algunos detalles”.⁴⁰

José Toribio Medina es probablemente el único autor del siglo XIX que considera que la historia de Olivares tiene puntos rescatables, incluso algunos que otros autores consideran como deficiencias. En su *Historia de la literatura colonial de Chile* señala que la obra del jesuita tiene el mérito de contener descripciones de primera mano, ya sea de los lugares que visitó, como de los indígenas entre los que trabajó, como también otros datos curiosos que no se encontrarán en otros libros y que hacen de Olivares un historiador original. Advierte, además, que no se puede leer su obra “sin reconocer en ella cierta independencia de juicio al pronunciar su fallo sobre cuestiones en que los jesuitas estaban interesados en presentar los hechos bajo otra luz”.⁴¹

Gente ladrona, bárbara pero inexplicablemente preciada en la elocuencia

*... porque los indios viven de su libertad son la jente mas ociosa del mundo*⁴²

³⁸ *Ibidem*, p. 147.

³⁹ Francisco Enrich, *op. cit.*, p. 457.

⁴⁰ Diego Barros Arana, *op. cit.*, p. 376.

⁴¹ José Toribio Medina, *Historia de la literatura colonial de Chile*, 3 vol. Santiago de Chile: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1878, vol. I, p. 418.

⁴² Miguel de Olivares, *op. cit.*, p. 80.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

Si bien se pueden encontrar referencias de los mapuche en casi todo el libro de Olivares, pues el relato de la Guerra de Arauco acompaña casi todo el texto, es en el “Libro primero”, en el que trata de “sus habitantes”, donde aparece la mayor parte de los datos de las costumbres que de estos indígenas recopiló en la Araucanía y Valdivia, entre 1744 y 1758, su trabajo evangelizador más importante y extenso. Allí, en una elección que podría parecer curiosa, quizás ya no tanto cuando nos vamos introduciendo en el libro, la primera particularidad que este misionero jesuita presenta de los mapuche es la de un pueblo que vive del pillaje y al que hay que castigar:

*(...) pero los [hacendados] del partido de Chillán no tienen el goce de las hermosas tierras de su cordillera sin el gravísimo azar de los robos de los indios pegüenches. Estos andan vagantes en frente del territorio de la ciudad de Chillán, cordillera de por medio (...) Más atendiendo al exterior de las cosas, nos parecía no hallarse motivo moral, ni político para disimular y dejar impune la violencia de este despojo (...).*⁴³

Esta preocupación por los robos de animales a los hacendados de Chillán es un asunto que a Olivares le atañe directamente, pues se trataba de un perjuicio que estaban sufriendo gente como sus familiares directos (“nobles”, como apunta en la reseña de su vida), por ello podríamos entender que más adelante este misionero jesuita incite a las autoridades y a los vecinos de Chillán a invadir las tierras de los pehuenches, incluso aconsejándoles aprovechar la supuesta debilidad en la que se encontraba por esos tiempos ese pueblo de las tierras altas del sur de Chile.⁴⁴

Cuando el jesuita se dedica a describir las riquezas naturales de Chile, siempre tendrá algún reparo con los mapuche. Por ejemplo, critica a los indígenas del Bío Bío por no permitir a los españoles trabajar las ricas minas de oro que allí existen, “repugnan tanto que las trabajemos, que aun querrían que las ignorásemos”.⁴⁵ Cuando se refiere a la variedad de especies del mar chileno, hace una lista de peces en la que se encuentran, entre

⁴³ *Ibidem*, pp. 19-20.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 20.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 28.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

otros, el congrio, el lenguado, la corvina, etc., así como otros, “de nombres indios, que no escribimos por no afeare el papel con voces bárbaras y mal sonantes”.⁴⁶

Sin embargo, y a pesar de que se refiera despectivamente a algunas palabras del idioma mapuche, el *mapudungun* es lo que más valora e interesa al jesuita de los indígenas, demostrando incluso hasta cierta jactancia del conocimiento que tiene de esta lengua, recordemos que la adquisición de idiomas indígenas gozaba de mucha reputación al interior de la Compañía de Jesús. Señala algunas características, como, por ejemplo, que “cada cosa tiene regularmente un solo nombre, y cada acción un solo verbo con que significarse (...) Esto no se entiende de las voces simples o raíces, sino de las compuestas y derivadas, que son muchas más en este idioma que en otro”. Destaca, además, la fecundidad de estos verbos, por ejemplo, “*Clium*, que significa dar, del cual se forman otros muchos, juntándole muchas partículas que modifican la significación del verbo con la propia suya. La partícula *pa* significa venir a hacer la acción del verbo: y así interponiéndola al verbo de este modo: *elupan* significa venir a dar”.⁴⁷

Señala que los indígenas cultivan su lengua a toda hora, tanto en sus reuniones ordinarias, que regularmente sostienen con largueza y frecuencia por su ociosidad, en las que no tienen una conversación con la “alternativa de breves cláusulas, sino de razonamientos prolijos”, como también y especialmente en los parlamentos y asambleas de importancia, reuniones en las que se pueden escuchar declamaciones con elevados razonamientos, que Olivares parece no poder creer que provengan de gente a la que considera tan bárbara:

(...) es indecible cuán bien usan estos indios bárbaros de aquellas figuras de sentencias que encienden en los ánimos de los oyentes los afectos de ira, indignación y furor que arden en el ánimo del orador y a veces los de lástima compasión y misericordia, usando de vivísimas prosopopeyas, hipótesis, reticencias irónicas y de aquellas interrogaciones retóricas, que sirven no para preguntar, sino

⁴⁶ *Ibidem*, p. 34.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 40.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

*para reprender y argüir como usó Cicerón en el principio de una oración que hizo contra Catalina en el senado.*⁴⁸

Si bien, para el jesuita la poesía de la lengua mapuche podrá no tener conceptos altos, alusiones eruditas y locuciones figuradas que se presentan en las obras poéticas de las naciones sabias, es dulce y numerosa y para demostrar que al traducirla no pierde su belleza, agrega el siguiente verso religioso en castellano y al lado la versión en *mapudungun*:

<i>ESPAÑOL.</i>	<i>INDIO.</i>
<i>Véante mis ojos</i>	<i>Jesus pellebichi</i>
<i>Dulce Jesús bueno</i>	<i>Piquei ñi duam</i>
<i>Véante mis ojos</i>	<i>Jesus pellebichi</i>
<i>Muérame yo luego:</i>	<i>Veulamo layam.</i> ⁴⁹

Gente inmoral y supersticiosa

A propósito de lo perjudicial de dejar sin castigo los delitos, cuestión que ciertamente obsesionaba a Olivares, señala que en el caso de los indígenas de Chile esto ha llegado a extremos increíbles, como dejar sin sanción al marido que mata a su mujer, excusándose en que puede hacer lo que quiera con lo que “ha comprado”,⁵⁰ o tomando con naturalidad que un hijo mate a su propio padre, por considerar que “sólo derramó su propia sangre”. Asimismo, el jesuita se sorprende que castiguen con rudeza los delitos más

⁴⁸ *Ibidem*, p. 41.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 42.

⁵⁰ Esta aseveración de Olivares es más que cuestionable, pues como señala Ricardo E. Latcham, la mujer mapuche, incluso después de casada, no dejaba de ser miembro del grupo totémico de su madre, y este grupo no se desentendía de la hija, pues los hijos que ella tenía pasaban a ser parte de su grupo de soltera y no del grupo del marido. Asimismo, su familia original no vería con indiferencia la muerte de esta hija, aunque sea en manos de su esposo, pues en el caso de asesinarla, debía responder a la familia de la esposa, sufriendo las mismas sanciones que cualquier otro homicida, las que consistían generalmente en una componenda o paga. Si la sorprendía en evidente delito de adulterio, podía asesinarla y también a su amante, aunque se exponía a la venganza de los parientes de éste. Sin embargo, ni siquiera en los casos de adulterio flagrante el esposo tomaba esta determinación. Por lo general, devolvía la mujer a la familia y exigía que se le restituyera lo que pagó por ella. También podía ofrecérsela al amante, siempre y cuando éste pagara su valor. Ricardo E. Latcham, *La organización social y las creencias de los antiguos araucanos*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1924, pp. 299-310.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

insignificantes, como las brujerías, que son determinadas por sus jueces, que entre ellos son “verdaderos brujos que profesan abiertamente el trato con el demonio”.⁵¹

En ocasiones, dice el jesuita, cuando no pueden disponer de los acusados, por estar protegidos entre los españoles, a escondidas suelen matarlos a cuchillo. Comenta que en 1755 tuvo la penosa experiencia de dar sepultura a una familia indígena en Valdivia, que fue asesinada clandestinamente por otros indígenas vecinos a la plaza por la opinión de brujería, “a los niños cortaron sólo la áspera arteria, a la mujer dieron cosa de diez y ocho puñaladas, y al marido que debió defenderse, porque era conocido por valiente, muchas más”.⁵² Estas situaciones, dice Olivares, que son más comunes desde el río Toltén para el estrecho, entristece mucho la labor de los misioneros, pues hace evidente el poder que tiene el demonio entre esas pobres e inocentes personas.⁵³

En el capítulo “De su falso culto y diferentes supersticiones”, el jesuita parte reflexionando respecto a la imposibilidad de vivir sin una especie de religión, y sin reconocer alguna suprema divinidad a quien tributarle culto, por eso comprende que el común de los griegos y romanos adoraran muchas deidades. Lo anterior lo hace sólo para expresar su asombro de que indígenas de Chile ni siquiera adoraban “aquella caterva de dioses celestiales, terrestres e infernales altos y bajos (...)”. Más adelante dice que sólo reconocían algún género de superioridad en los “pillanes, amigos y enemigos, como algunos jentiles en los jénios buenos y malos (...)”.⁵⁴

Entre los “genios malos” Olivares distingue al “huecub”⁵⁵ como un importante ente negativo, eso sí, no lo vincula con el Diablo; señala también que los indígenas no tienen

⁵¹ Miguel de Olivares, *op. cit.*, pp. 45-46.

⁵² *Ibidem*, pp. 46-47.

⁵³ *Ibidem*, p. 47.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 50.

⁵⁵ Denominado también como huecufe, wekufü, watuku, huecufu, huecubo, huecubu, huecuvu, huecuve, wecufe, huecovoe, giiecubu, güecubo, güecugu, uecuvu, güecufu. Generalmente las definiciones que podemos hallar para *Wecufe* en los textos clásicos relacionados al tema mapuche se asocian con algo negativo, como una enfermedad, hacer daño o directamente con el Diablo. Por ejemplo, para el jesuita expulso Andrés Febrés “huecuvu” significa “la flechas, palillos, y dientecillos, que los Machis dicen, que les sacan chupando”. Otra acepción de Febrés es: “Cualquiera enfermedad, o cierta deidad, o ente de razón, que fingen ser causa de sus muertes, enfermedades, y trabajos”. Andrés Febres, *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*. Lima: Calle de la Encarnación, 1765, p. 506. Para el misionero capuchino alemán Félix de

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

una idea muy acabada del “huecub”, pero supone que no lo conciben espiritual, pues no tienen conocimiento de las sustancias incorpóreas, “tienen de él solamente la aprensión que basta para tenerlo”, y esta se reduce a que todo lo negativo que ocurre se lo atribuyen al “huecub”, desde que se sequen sus sembradíos o tiemble la tierra, hasta el cansancio del caballo. Culpan también al “huecub”, de las enfermedades y muerte natural de animales y hombres, exceptuando los crímenes.⁵⁶

“Anchumallacin”⁵⁷ es otra entidad mencionada por Olivares; significa, según el jesuita, “mujer del sol” y “para ellos [los mapuche] una señora joven tan bella y ataviada como benigna”. Olivares además se sorprende que los mapuche sin tener una veneración especial al sol respeten a “anchumallacin”. Además, como los mapuche no se refieren a esta “mujer”, “ni responden cosa de provecho” cuando se les consulta, considera que esta actitud se debe a que en tiempos pasados esta mujer se apareció algunas veces en medio de las batallas defendiendo a los cristianos, “(...) y sin hacer mas daño a los infieles que retirarlos con su divino semblante (...) ellos mantienen la memoria de los sucesos muy

Augusta, “Wekufü” es el Diablo. Félix de Augusta, *Diccionario Araucano-Español y Español-Araucano*, 2 tomos. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1916, tomo I, p. 249. Latcham señala que “huecuvu” o “huecuvoe” era la fuerza o poder de que se valían los mapuche para hacer daño; tomaba las más variadas formas. Latcham dice además que como el “araucano todo lo materializaba, el *huecuvu* también debía tener una forma material, la que variaba según la imaginación individual”. Ricardo E. Latcham, *op. cit.*, p. 439. Rolf Foerster en su *Introducción a la religiosidad mapuche*, a través de una revisión de las nuevas interpretaciones para este concepto, nos demuestra que este *wecufe*, al parecer no se asociaría sólo con lo negativo para los mapuche, incluso podría significar algo benéfico. Foerster incluye un extracto de la entrevista que hace Malú Sierra al poeta Leonel Lienlaf para su libro *Mapuche. Gente de la tierra* (1992), donde señala que *Wecufe* es un “equilibrador”; “we” significaría “nuevo” y “kufe” el que amasa o “kufun”, que es echarse a perder. Lienlaf señala que *wecufe* podría traducirse como “el que compone echando a perder”. Rolf Foerster, *Introducción a la religiosidad mapuche*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1993, pp. 76-77.

⁵⁶ Miguel de Olivares, *op. cit.*, p. 51.

⁵⁷ Por su similitud fonética y específicamente por su carácter luminoso, que Olivares también recalca, deducimos que “anchumallacin” pueda tratarse del mito mapuche de *Anchimalén*, que generalmente es descrito como un ser pequeño que se transforma en una esfera que emite una radiante luminosidad. El jesuita Andrés Febrés en su gramática lo escribe *Anchimalghen* y dice que significa: “imagen o cosa de otra vida, o lo que llaman familiares: *nien cay ñi amchimalghen*, también tengo yo mis familiares”. Andrés Febrés, *op. cit.*, p. 428. Un documento que logra explicar de alguna manera lo que señala Febrés, es una entrevista que Tomás Guevara le hace a un anciano mapuche de Cunco, en la que le relata que los *huitranalhue* (almas migratorias) se hacen en una especie de resucitación de los muertos, mediante una exhumación, en la que “de los hombres grandes [adultos] hacían *huitranalhue* i de los chicos [niños] *anchimallen*”. Dice también que cuando el *anchimallen* tiene hambre llora como un niño y que algunos mapuche lo tienen para que cuide sus animales. Se alimenta a veces con sangre de animales y también con la de las personas; come un chico o una persona grande en el año de la misma familia de la casa. Tomás Guevara, *Folklore araucano*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1911, p. 101.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

notables por la tradición de padres a hijos, se conserva en ellos el ser de la madre de Dios, bajamente expresado en la apelación de mujer del sol”.⁵⁸ Esta inequívoca representación de la Virgen María, puede tratarse de la antigua estrategia de los escritores jesuitas en América de introducir símbolos cristianos católicos en el pasado indígena.⁵⁹

Una especie de ente superior y benéfico sería *meulén*, pues es invocado en sus “machitunes y otras curas supersticiosas” para que libere al enfermo del hechizo. El jesuita señala que este ente no es llamado por los mapuche en otras ocasiones, tampoco saben muy bien lo que es. Demuestran de este modo ser “rudos intérpretes de su propia teología, aunque en tales absurdos y delirios es felicidad la ignorancia”.⁶⁰

Esta supuesta falta de conocimiento de los mapuche por su religiosidad, que el jesuita apunta también en otras oportunidades, es probable que pueda deberse a que los indígenas en los que menos podían confiar para entregar datos de importancia en esta materia era justamente en los misioneros como Olivares. Recordemos que el “Confesionario”, que preparó Luis de Valdivia como herramienta de evangelización para utilizar con los mapuche, hacía un acucioso examen que apuntaba a cuestiones obvias, como inquirir si continuaban venerando la naturaleza, o si habían recaído en “prácticas pecaminosas”, como retirar de la iglesia los cadáveres de los familiares para sepultarlos junto a sus hogares, también apuntaba a delatar a los “hechiceros”, “¿hazte curado con algún hechicero, hazle llamado, o hecho llamar para tus necesidades?”.⁶¹

Llama la atención que Olivares no se refiera en su libro a *Ngenechen*, supuesta divinidad máxima de los mapuche, pero del cual nunca ha habido un consenso general, por

⁵⁸ Miguel de Olivares, *op. cit.*, pp. 51-52.

⁵⁹ En un artículo publicado hace algunos años, intentamos demostrar que la intención principal de un texto jesuítico de finales del siglo XVI, como *De las costumbres antiguas de los naturales del Perú*, de autor anónimo, pero probablemente escrito por el jesuita Blas Valera, era asimilar la religiosidad andina a la religión cristiano católica. Marcos A. Figueroa Zúñiga, “La Relación del Jesuita Anónimo: el empleo del quipu como estrategia de verosimilitud y sus reales propósitos”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 70 (Lima-Hanover, 2009), pp. 151-164.

⁶⁰ Miguel de Olivares, *op. cit.*, p. 52.

⁶¹ Luis de Valdivia, *Arte y gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile, con un Vocabulario, y Confesionario*. Sevilla: Tomás López de Haro, 1684, p. 20. Este “Confesionario”, que venía junto a la “Gramática” de la lengua mapuche y al “Catecismo”, fue publicado originalmente en Lima en 1606, en la Editorial de Francisco del Canto.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

Lo menos es muy discutible su condición de omnipotencia. Por ejemplo, Ricardo E. Latcham señala que no es correcto que los “araucanos” conciban a *Ngenechen* como el creador de todo, pues su concepto de la creación del mundo es muy imperfecto; sus ideas abstractas y metafísicas tienen poco lugar en su mentalidad. Para el arqueólogo inglés radicado en Chile, *Ngenechen* sería un nombre que los mapuche aprendieron de los misioneros, los que en sus afanes por acomodar una deidad del mundo indígena que se asimile al Dios cristiano, comenzaron a darle a *Ngenechen*, que tenía un sentido enteramente práctico, algunos atributos que se acomodaban más a su antiguo Pillán, al que han ido reemplazando.⁶²

La eternidad es otro aspecto de la religiosidad de los mapuche que aborda Olivares en su historia. Respecto a esto dice que, aunque los indios de Chile puedan concebir la inmortalidad del alma, esta creencia está desfigurada con groseros errores, como, por ejemplo, no concebir un lugar separado e indistinto donde se pague con el premio o el castigo por sus actos en vida, más bien piensan que después de muertos irán a vivir una segunda vida en la Isla Mocha.⁶³

Sus parientes le echan en el sepulcro cosa de comer y de beber, para provisión de su viaje que como han de hacerlo caballeros sobre la espalda de una ballena como creían otros jentiles mas avisados que solo podían pasar los estanques perezosos del Cosito por medio de la barca y ministerio del barquero Caronte, y como la ficción griega añadía que a éste se le pagaba cierta moneda por el portazgo, los indios no han quedado atrás y aseguran que en un paraje estrecho antes de llegar al lugar destinado a los difuntos, hai una vieja a la cual se le debe pagar alguna cosa como recaudadora de la aduana; y dicen que es una perversa vieja, porque si

⁶² Ricardo E. Latcham, *op. cit.*, p. 358-360.

⁶³ Es probable que la Isla Mocha como lugar donde descansaban las almas sea una creencia sólo para los indígenas costeros, principalmente para los lafkenches, pueblo mapuche que vive en la zona costera chilena entre el río Bio-Bio y la Bahía de Corral, incluyendo la Isla Mocha. Además, los lafkenches denominaban a esta isla *Amuchura*, que en castellano significa “la resurrección de las almas”. Latcham, señala que una diferencia entre los pueblos indígenas del Sur de Chile es el lugar donde ubican esa “tierra de los muertos”, pues los de la costa creen que se hallaba allende el mar, y antiguamente los del litoral, entre los ríos Imperial y Toltén, suponían que estaba en la Isla de Mocha. Las tribus que ocupan las regiones subandinas, sostenían que sus muertos van a vivir al otro lado de la Cordillera de los Andes y que sus antiguos caciques y *conas* o saldados residían en los volcanes de la región. Ricardo E. Latcham, *op. cit.*, pp. 339-340.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

*no la satisfacen en moneda o en especie, se hace pago con uno de los ojos del pasajero.*⁶⁴

Olivares afirma que registrar todos los errores en materia de creencias de los mapuche sería muy dificultoso, ya que para estos pueblos no existe fenómeno alguno que no se explique con ideas supersticiosas. Concluye el capítulo “Del falso culto...” con su percepción de los “machitones o curas diabólicas”. Para esto cita extensos pasajes de *Cautiverio feliz* de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, suscribiendo todo lo que este militar criollo anota un siglo antes respecto a esta ceremonia, pues, según el jesuita, coincide con lo que él ha adquirido “de antemano por experiencia propia y ajena”. Al final, con un evidente sarcasmo, invita al lector a preguntarse si el enfermo al que se le practicó el machitún que relata Pineda y Bascuñán lograría curarse.⁶⁵

No podemos extrañarnos que Olivares califique toda la religiosidad mapuche como falsa, ingenua, o, que incluso la ligue con lo demoníaco. En ello no se separa de los principios que en esta materia mantuvo la Compañía de Jesús durante toda su primera estadía en tierras americanas. Esto consistía, como dice Latcham, en la utilización de conceptos obtenidos de la filosofía y teologías cristianas para interpretar expresiones y modos de pensar de los indígenas, que ha llevado a graves errores para estudiar y comprender su cultura.⁶⁶

Gente brutal y ociosa a la que hay que hacer servir

El propósito de Olivares de describir las costumbres y condiciones de vida de los indígenas de Chile es un intento de explicar por qué muchos de ellos viven en la pobreza.

⁶⁴ Miguel de Olivares, *op. cit.*, p. 52. Este viaje que narra Olivares se puede relacionar con el mito mapuche de *Trepulcahue*, que consiste en que cuatro ancianas transformadas en ballenas serían las encargadas de trasladar las almas de los muertos hasta la Isla Mocha. Esta isla también le dio nombre al cachalote albino Mocha Dick, que se hizo conocido mundialmente por hundir frente a las costas de Chile al ballenero estadounidense Essex, a comienzos en 1820. Esta historia fue difundida por el estadounidense Jeremiah N. Reynolds, en el relato “Mocha Dick: or the white whale of the Pacific”, publicado por primera vez en 1839, en la revista literaria neoyorkina *The Knickerbocker* y se supone que pudo ser inspiración para que Herman Melville escribiera su *Moby-Dick*, la famosa novela de 1851. En Chile, Francisco Ortega y Gonzalo Martínez escribieron la novela gráfica *Mocha Dick, la leyenda de la ballena blanca*, que rescata tanto la historia real de Mocha Dick, como el mito mapuche de *Trepulcahue*. Esta novela fue publicada en Argentina por Editorial Norma, a fines de 2012.

⁶⁵ Miguel de Olivares, *op. cit.*, p. 56.

⁶⁶ Ricardo E. Latcham, *op. cit.*, p. 10.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

Eso sí, aclara que no lo hará de los que sirven a los españoles, sino de los que viven en sus “tierras de sujeción”, donde “(...) los padres de familia no ponen la consideración en cosa que parezca virtud o arreglamiento, sino en el recato de las mujeres”. Pero, este cuidado sobre sus mujeres no responde al principio virtuoso que debería, sino que “guardan sus mujeres, sin otra causa que aquella porque lo hace un caballo o un toro con las hembras de su especie”.⁶⁷

Esa supuesta atención que tienen con sus esposas, en el caso de sus hijas la omiten totalmente, dejándolas que abusen de su libertad, “y así las mas de ellas son mujeres ántes de ser esposas”.

*Pero, como la deformidad de cualquier delito, es muy visible aun a la ceguedad de los bárbaros, se avergüenzan ellas que dejaron de ser vírgenes ántes de ser dadas en matrimonio, y del que se haga del todo manifiesta su flaqueza: y por eso cuando se sienten embarazadas, lo procuran ocultar estrechándose el vientre con apretadas vueltas de la faja que todas usan. Y cuando llega el caso de dar a luz lo que concibieron, lo ejecutan solas en un monte con ánimo mayor que de mujeres, y matan inhumanamente el fruto de sus entrañas, o si no les basta la crueldad para tanto, la esponen a puertas ajenas y a la caridad de los extraños. Y a estos hijos de padres no conocidos, llaman en su lengua bucheñes.*⁶⁸

La vergüenza que sentían las madres solteras, que las llevaba incluso a matar a sus hijos, es seguramente una exageración del jesuita, porque la virginidad no era una condición preciada entre los mapuche, o por lo menos no se consideraba como una afrenta haberla perdido antes de encontrar marido. Además, tener hijos antes de casarse podría ser tomado como beneficioso para el futuro esposo, ya que garantizaba la fertilidad, condición de veras importante en la mujer casada, y cuya falta provocaba la disolución del matrimonio. Por lo demás, Latcham señala que en una sociedad como la mapuche, donde se trataba de aumentar los hijos, el aborto o el infanticidio no era una práctica frecuente, sólo

⁶⁷ Miguel de Olivares, *op. cit.*, pp. 60-61.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 61.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

se ejercía en caso de incesto, que era muy mal mirado y severamente castigado. Los hijos nacidos de relaciones casuales no llamaban la atención de nadie.⁶⁹

Respecto a los hijos varones, Olivares señala que se les consienten todos sus vicios juveniles; estos pasan los días tendidos al sol, andando a caballo, bañándose en los ríos o siguiendo a sus padres, que a su vez se sienten orgullosos por llevarlos a lugares “donde se dedica el tiempo a Baco y Venus”, por lo que, si cuando niños pudieron servir para hacer algún trabajo, principalmente por temor al castigo, ya cuando jóvenes, “sacuden del todo el yugo de la sujeción, y atropellan todos los fueros de la patria potestad”.⁷⁰

Si bien, ese desgobierno en las familias mapuche es para Olivares una de las causas de su pobreza, la más importante para el jesuita es su “lánguido ocio y extrema negligencia”. Esto se demuestra en el mal uso que hacen de sus tierras, ricas en oro y plata y también las mejores del reino para sembrar y criar ganados (“tierras gruesas y agradecidas”), pero que no aprovechan ni siquiera para el sustento básico.⁷¹

Estos juicios del jesuita pueden ser refutados por un estudioso de los mapuche, como José Bengoa, que sostiene que los antiguos mapuche, antes de la llegada de los españoles, eran una sociedad de sembradores, agricultores y horticultores, densamente poblada.⁷² En tanto, para Tomás Guevara, la guerra fue la causa más importante del descenso de los cultivos en algunos territorios mapuche, como también que no pudieran desarrollarse de mejor manera por casi todo el periodo colonial, pues los españoles en sus campeadas de verano, destruían todos los sembradíos de los indígenas, con la finalidad de doblegarlos por el hambre. Los indígenas debían, por lo tanto, sembrar para su subsistencia en espacios muy reducidos, alejados y ocultos, ubicados generalmente en las montañas.⁷³

Olivares es consciente de este habitual proceder de los soldados españoles, pues lo señala en varias oportunidades en su libro, con la diferencia que estas correrías las presenta

⁶⁹ Ricardo E. Latcham, *op. cit.*, pp. 314-315.

⁷⁰ Miguel de Olivares, *op. cit.*, pp. 61-62.

⁷¹ *Ibidem*, p. 62.

⁷² José Bengoa, *Historia de los antiguos mapuche del Sur*. Santiago de Chile: Ediciones Catalonia, 2003, p. 173

⁷³ Tomás Guevara, *Psicología del pueblo araucano*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1908, p. 93.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

como éxitos de los españoles, nunca se detiene a pensar que estos ataques conllevaban padecimientos importantes a las comunidades que los sufrían, prefiere continuar sustentando la imagen del mapuche ocioso, prejuicio, por lo demás, inaugurado tempranamente para las letras de Chile, con las cartas que Pedro de Valdivia le envía al Rey Carlos I.

Esta visión tan despreciativa de los mapuche, que en el relato de la guerra se convierte en un discurso abiertamente descalificador, nos permite preguntarnos a qué se puede deber que un escritor jesuita de mediados del siglo XVIII utilice un discurso similar (en los prejuicios) a los cronistas del siglo XVI para referirse a los mapuche. Debemos también considerar en esto su trabajo misional, que por lo menos debió haberle permitido entender con mayor profundidad las costumbres de estos pueblos del sur de Chile.

La respuesta a este cuestionamiento puede residir en buena parte en la posición que este misionero jesuita tenía del trabajo de los indígenas. Según Olivares, los mapuche por su bárbara condición y por no tener más “(...) regla que la de su antojo”⁷⁴ no pueden autogobernarse. La solución no estaba en esclavizarlos, ni en tratarlos tan severamente, sino más bien en una suerte de estado intermedio:

*(...) haciéndoles servir, pero dejándoles intacto el nombre y apariencia de libertad. Han de ser vasallos, pero conviene darles el título de aliados y amigos; pero con alguna apariencia de ruego. Han de ser inferiores al español, pero sin tratarlos como abatidos. Han de imponérseles carga de que sirvan en la guerra o envíen jente que trabajen en las fortificaciones; pero se les ha de retribuir para que la correspondencia [no] se haga parecer al servicio gratuito. En fin se les ha de mantener en alguna sujeción y obediencia; pero sin que ellos parezcan siervos, ni los que mandan señores, porque están llenos de un espíritu de tanta soberbia que se meterán por el yerro y el fuego, ántes que sufrir amos imperiosos.*⁷⁵

Estos planteamientos, que podemos tomarlos como su propuesta de evangelización, y que además carecen de cualquier eufemismo, estaban en la vereda opuesta de lo que

⁷⁴ Miguel de Olivares, *op. cit.*, pp. 223.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 223.

Marcos A. Figueroa Zúñiga***Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII***

defendía la Compañía de Jesús. Los jesuitas desde sus primeros tiempos en Chile abogaron por terminar con el servicio personal, que consideraban extremadamente perjudicial para los indígenas, pues, como aseguraba en 1609 el español Diego de Torres Bollo, Provincial de la Compañía en Chile, donde se ha implementado este sistema ha arrasado considerablemente con las personas, además era el “principal estorbo” para la evangelización de los indígenas y el responsable del completo desconocimiento de Dios, “(...) de aquí ha nacido la importuna y antigua guerra de Chile, y haberse alzado con todo el reino diversas veces, por huir de esta infernal esclavitud”.⁷⁶

El proyecto jesuita que buscaba poner fin al conflicto entre españoles y mapuche denominado Guerra Defensiva,⁷⁷ e impulsado principalmente por el jesuita español Luis de Valdivia, uno de los fundadores de la orden en Chile, es un asunto que Olivares no puede sortear en su obra, primero por ser una de las propuestas más emblemáticas de la Compañía, como también por ser un episodio de la historia de Chile imposible de soslayar. Es así, que en los escasos pasajes que utiliza para referirse a este proyecto parece, incluso, alinearse con los planteamientos de su orden de cambiar “la guerra de ofensiva a defensiva”.⁷⁸ Asimismo, si bien parece referirse obligadamente a Luis de Valdivia (ese “sujeto” al que el Rey le dio una “buena limosna para que comprase una buena librería” para su retiro en Valladolid), y su elogio es mucho más breve que el que hace a algunos gobernadores, destaca su labor misionera (aunque “corta”, dice) y principalmente su

⁷⁶ Cit., en Rolf Foerster, *Jesuitas y mapuches 1593-1767*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1996, p. 96.

⁷⁷ La Guerra Defensiva consistía principalmente en establecer una frontera permanente en el río Bío-Bío, prohibir las campeadas, en las que, como ya se dijo, los soldados españoles además de arrasar con todas las posesiones de los mapuche, capturaban prisioneros que posteriormente vendían como esclavos, y coordinar el envío de misioneros a la zona bajo control indígena. Este proyecto fue aprobado por Real cédula en 1612, y en palabras del propio Valdivia, alcanzó a durar hasta 1620, ocho años en los cuales se logró evitar muchas muertes de españoles, bautizar a miles de indígenas, conservar la paz, impulsar el poblamiento y la prosperidad en las regiones al norte del Bío-Bío, el desarme de los mapuche alzados, así como su traslado desde las tierras de frontera hacia zonas centrales. Valdivia insistió por muchos medios que su proyecto de terminar la guerra y reducir pacíficamente a los mapuche pudiera prosperar, sin embargo, esto no fue así, principalmente por el escaso apoyo, o más bien rechazo, que tuvo de la clase gobernante, de los encomenderos, del ejército y del clero, tanto del regular, representado en la figura de Juan Pérez de Espinoza, obispo de Santiago, como del secular, principalmente de los franciscanos. En 1621 el gobernador Pedro Osorio de Ulloa, reimplantó ilegalmente la guerra ofensiva, pues aún estaba vigente la cédula que la prohibía, haciendo varias incursiones en tierras mapuche. En 1626 el gobernador Luis Fernández Córdoba proclamó el fin del proyecto jesuita, aprobado un año antes por el Rey Felipe IV. *Ibidem*, pp. 166-174.

⁷⁸ Miguel de Olivares, *op. cit.*, p. 333.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

erudición. Además, señala que los mayores enemigos que tuvo su proyecto eran los que se lucraban con la guerra y el servicio personal de los indígenas.⁷⁹

Pero esto se debe tomar sólo como un paréntesis en su obra, pues cuando retoma el relato principal de su libro, la guerra, se aleja de la perspectiva jesuita y nos muestra este proyecto como inconveniente. Además, continúa insistiendo que son los mapuche, con sus incumplimientos con la paz acordada, los mayores instigadores para que aquel plan se desmorone.

Olivares también se mostraba en contra de las propuestas de evangelización que en este mismo sentido planteaban algunos de sus contemporáneos, como el plan de reducción del jesuita español Joaquín de Villarreal, presentado en 1752 al Rey Fernando VI, que consistía en reducir a los indígenas en pueblos, muy al estilo de las reducciones paraguayas, alejados del contacto con los hispano-criollos y “exentos de los tributos personales, de las mitas, encomiendas y de los capitanes de amigos”,⁸⁰ como también de un proyecto posterior de reducción de los mapuche, que presentó el Provincial Baltazar Huéver, que si bien contaba con el apoyo de los jesuitas jóvenes, no con el de los más veteranos o experimentados –grupo al que pertenecía Olivares–, que compartían la misma posición a este respecto del obispo Espiñeira,⁸¹ el franciscano que revisó y elogió la obra de Olivares.

Olivares incluso manifiesta en su obra su oposición a estas propuestas jesuitas, planteando algo diametralmente distinto, como era crear pueblos españoles en tierras mapuche:

Dotados de casa y heredades [los criollos y españoles] y como dueños de las poblaciones, se cautelarían del riesgo de perder todo con aquel conato con que se defiende los altares y los hogares, con lo cual se obtendría con certeza un medio eficaz y permanente de la total subordinación de los indios, que puestos sobre este pié obrarían todo lo que se les mandase de parte del rei y de la Iglesia, se les impedirían su ocio, embriagueces y las atrocidades que en ellas cometen (...)

⁷⁹ *Ibidem*, p. 349.

⁸⁰ Rolf Foerster, *Jesuitas y mapuches*, pp. 353-355.

⁸¹ Francisco Enrich, *op. cit.*, pp. 275-276.

Marcos A. Figueroa Zúñiga***Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII***

*tendríamos en breve en los indios labradores, pastores y oficiales de todas artes muy útiles al público; y como tienen tierras tan gruesas y agradecidas, habiendo quien las trabajase, se había de seguir necesariamente la sobra demantenimientos [sic] y la sobra de baratura (...) Por eso, reducidos del todo a la vida civil y gobierno español, había de emparentar lo primero de los indios con lo más humilde de nuestra nación, y los hijos, y mucho más los nietos de ahí adelante se habían de llamar españoles: como que la denominación se toma de la parte más principal.*⁸²

En esta propuesta, completamente realizable según el jesuita para mediados del siglo XVIII, pues los indígenas no tendrían cómo hacer frente a las armas españolas, donde se percibe que lo menos importante para este misionero jesuita criollo era evangelizar a los indígenas, nos confirma esa “independencia de juicio” respecto a algunas cuestiones de su orden, que señalaba Medina, pero también nos ayuda a establecer que estas diferencias se acentuaban cuando se tocaban los intereses de su clase, vale decir, la clase encomendera criolla.

Consideraciones finales

Como hemos revisado, los pasajes que Miguel de Olivares dedica a los mapuche en *Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile* se caracterizan por estar cargados de prejuicios y percepciones negativas, actitud que parece responder más a su condición de criollo, o más bien de vecino ilustre de origen español, preocupado por los intereses de su clase, incluso de algunos muy particulares, como hacer justicia por los abigeatos en las haciendas de sus familiares, que a la de un misionero jesuita que trabajó largas temporadas entre estos pueblos indígenas del sur de Chile.

En relación al único aspecto de la cultura de los mapuche que Olivares valora y aprecia: el mapudungun, puede ser considerado sólo como una muestra de pedantería de

⁸² Miguel de Olivares, *op. cit.*, pp. 90-92.

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

misionero (fama de experto lenguaraz), pues nunca vinculará esa lengua, que hace a “jente preciada en la elocuencia”⁸³ con el resto de las manifestaciones culturales de los mapuche. Con esta actitud, Olivares se desmarca de una tradición del pensamiento humanista que sostenía que la posesión de un lenguaje era la garantía de que todo individuo podía cumplir con sus deberes hacia Dios y hacia el prójimo, como también la posibilidad de desarrollar todas sus facultades físicas e intelectuales de las que había sido dotado por naturaleza. Esta tradición del humanismo renacentista, presente en América desde los primeros años de la conquista, y protagonizada principalmente por sacerdotes letrados como Domingo Santo Tomás y Bartolomé de Las Casas, y más allá de su inevitable europeocentrismo, se sustentaba sobre un heterorrecocimiento de la humanidad indígena, como también por una exigencia de conservar sus formas de vida autónoma.⁸⁴

Esta posición respecto a los mapuche se termina de confirmar con el escaso apoyo, o poco entusiasmo, si se quiere, que muestra en su obra por el proyecto más importante de los jesuitas en Chile, como la Guerra Defensiva, que buscaba el fin de la guerra y el término de los abusos contra los indígenas, pero principalmente con su completa oposición a propuestas similares y de su tiempo que presentaban sus colegas, como el español Villarreal y el austriaco Huever. Estos planteamientos de Olivares, que se traducen incluso en una propuesta completamente distinta, incluida en la obra y antes citada en parte, seguramente le traerían algunos inconvenientes con la censura interna de la Compañía de Jesús,⁸⁵ cuyo dictamen mandaría a modificar o eliminar algunas de sus apreciaciones y propuestas, o incluso sugería no publicar la obra.

Sin embargo, consideramos que es en estos juicios y apreciaciones del jesuita, que conocemos sólo por coyunturas históricas, como la expulsión de la Compañía,⁸⁶ donde

⁸³ *Ibidem*, p. 40.

⁸⁴ Arturo Andrés Roig, “Momentos y corrientes del pensamiento humanista durante la época de la colonia hispanoamericana: Renacimiento, Barroco e Ilustración”, *Revista de Filosofía*, N° XXI-XXII (Santiago, diciembre de 1983), p. 66.

⁸⁵ Hasta donde sabemos la obra no alcanzó a pasar por esa instancia (seguramente en Roma) y la única aprobación que conocemos es la que hizo Espiñeira, que por lo demás coincidía e impulsaba las ideas misionales de Olivares.

⁸⁶ No conviene vincular la obra de Olivares con la de sus otros colegas expulsos respecto a la cuestión mapuche. Los expulsos, como Juan Ignacio Molina y Felipe Gómez de Vidaurre, que redactaron sus obras en

Marcos A. Figueroa Zúñiga
Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile del misionero jesuita Miguel de Olivares. El mapuche según un criollo chileno de mediados del siglo XVIII

radica la importancia de este libro, pues tiene el apreciable valor de darnos a conocer la percepción que tenía una parte de los criollos chilenos –quizás las más influyente– de los mapuche para finales de la época colonial, lo que a su vez nos ayuda a comprender de mejor manera la despreocupación, incluso el desprecio, que manifestó la nueva nación chilena en el siglo XIX con los indígenas, que lamentablemente se prolonga hasta estos días.

Estos planteamientos de Olivares también podrían revelarnos cuestiones internas de la Compañía de Jesús en el periodo colonial que han sido poco tomadas en cuenta, por lo menos en América Latina, como por ejemplo, que pudo no ser ese grupo cerrado y homogéneo, como podríamos pensar, principalmente por su estructura jerárquica y militarizada, sino que pudo existir en su interior cierta libertad de pensamiento, o individualidad, incluso respecto a la temática más importante que tuvo la orden durante el periodo colonial en Hispanoamérica, como lo fue la evangelización de los indígenas.

el exilio, tienen una percepción completamente distinta a la de Olivares a la hora describir los aspectos culturales de los pueblos indígenas de Chile. Esta diferencia también se puede constatar en los pasajes de sus obras dedicados a relatar las batallas entre españoles y mapuche. Por ejemplo, si bien Vidaurre, como anotamos más arriba, se lamenta por no contar con esa segunda parte de la obra de Olivares, las informaciones que aprovecha de su colega, las reinterpreta y generalmente llega a conclusiones diferentes. Marcos A. Figueroa Zúñiga, “Historia geográfica, natural y civil...”, p. 164.